

una bonanza perpetua , aquel An-
 gel de paz en cuya tierna inocen-
 cia la vil y detestable maledicen-
 cia no puede cebar su encono ,
 la hija escelsa de Fernando y de
 Cristina, la Reyna Doña ISABEL
 II que Dios, su padre y las leyes
 colocaron en el trono , en el cual
 como en roca inalterable se estre-
 llarán y perecerán para siempre
 la ciega y abominable anarquía, la
 innoble y criminal rebelion , y el
 insano furor de los partidos que
 tantas lágrimas nos han hecho der-
 ramar , y que tantos males han
 causado á nuestra patria. Enton-
 ces ¡ó Fernando! se verán conclu-
 dos felizmente los caminos y ca-
 nales que tu zelo principió con
 gran gloria de tu nombre. Enton-
 ces esos jóvenes instruidos y labo-
 riosos que acababas de embiar á
 recojer por la Europa los útiles co-
 nocimientos de las ciencias natu-
 rales y de la industria , harán flo-

